

Vuelvo con eso al principio. Lo que hace apasionante el estudio de Antonio Azuela es que sigue ese imperativo básico de la sociología, de ponerse siempre a sí misma como objeto: como hecho social. Su conclusión es muy simple. Los indicadores son útiles. Estamos mejor con ellos que sin ellos. Pero no son más que recursos para plantear preguntas. Y si es inevitable que adquieran una carga normativa en la discusión pública, hace falta recordar a cada paso que su valor es relativo: dicen mucho menos de lo que parece, implican mucho más de lo que a simple vista se puede ver.

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO

Mario Ojeda Gómez, *Retrospección de Contadora: los esfuerzos de México para la paz en Centroamérica (1983-1985)*, México, El Colegio de México, 2007, 159 pp.

Éste es el más reciente libro del profesor Mario Ojeda. En la introducción, explica que el texto fue redactado hace más de veinte años y que debido a las actividades y responsabilidades que asumió, primero la Presidencia de El Colegio de México y después la representación de nuestro país en la Unesco, tuvo que reservarlo. Pasado el tiempo y tras una lectura retrospectiva llegó a la conclusión de que el escrito mantenía su vigencia y reunía las condiciones que permitían y aconsejaban su publicación. No podemos sino felicitarnos por esa decisión y disponer ahora del estudio más acabado acerca de uno de los capítulos centrales en las relaciones internacionales de la región y sin duda sobresaliente de la historia diplomática de nuestro país.

El trabajo está dividido en siete secciones y termina con unas conclusiones, un epílogo y lo que el autor consigna no como bibliografía y documentación, sino como las referencias en que descansó la investigación. En próximas ediciones, convendría incluir en este apartado no nuevos trabajos académicos elaborados con posterioridad sino materiales indispensables para la cabal comprensión del proceso. En la introducción menciona que tuvo conversaciones y entrevistas que le resultaron orientadoras pero no se recogen en las referencias. Tengo en mente también la publicación que promovió la Secretaría de Relaciones Exteriores, *Relación de Contadora*, y los dos volúmenes de *La paz en Centroamérica*, expediente de documentos fundamentales, publicado por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de la UNAM, así como los escritos de algunos de los participantes en el proceso diplomático, elaborados varios de ellos antes de la fecha del corte de este libro.

La primera parte está dedicada a los antecedentes y se divide a su vez en cuatro apartados en los que se tratan las acciones de concertación de los países latinoamericanos; resalta aquí la recuperación de la soberanía sobre el canal por parte de Panamá y otras decisiones de cooperación, principalmente el Pacto de San José en materia energética. Se registra, asimismo, el cambio de gobierno en los Estados Unidos, de la presidencia de James Carter a la de Ronald Reagan que se caracterizó por el endurecimiento de las posiciones internacionales y regionales de ese país en la década de los ochenta. Aparece también un análisis de los primeros e infructuosos esfuerzos por favorecer la distensión en Centroamérica, entre los que destaca el comunicado franco-mexicano sobre El Salvador y las comunicaciones de los gobiernos de Venezuela y de México dirigidas a los de Honduras y de Nicaragua que, en sus premisas, preveían las indispensables contribuciones de los gobiernos de los Estados Unidos y de Cuba, así como el Foro pro Paz y Democracia impulsado por el gobierno de Costa Rica que contaba con el aval y la simpatía estadounidense. Aquí habría sido conveniente hacer una mención, así fuera breve, a la forma en que esta cuestión, entre los años de 1979 y 1982, empezó a tratarse en los organismos regionales (la OEA) e internacionales (la ONU).

Entre los antecedentes hay una mención explícita al cambio de gobierno en México a partir de una especulación en el sentido de que el de Miguel de la Madrid modificaría la orientación y los compromisos que el gobierno de José López Portillo había hecho a raíz del triunfo de la revolución sandinista.

El segundo apartado se intitula "El surgimiento de Contadora" y también está dividido en secciones. La primera destaca la visión de México acerca de los conflictos en la región centroamericana, en donde se sostenía que las disputas se originaban, no en las pugnas internacionales, sino en el atraso económico y social prevaleciente y, en algún sentido también, en las luchas en contra de las dictaduras. Después examina la serie de consultas entre los gobiernos de Colombia, Panamá, Venezuela y México que en definitiva integraron el grupo de países negociador. La tercera parte, central en el estudio, se refiere al proceso mismo de negociaciones diplomáticas en donde se reseña cada una de las etapas, con sus altibajos, logros y dificultades, a partir de los instrumentos que fueron surgiendo, desde las agendas y el documento de objetivos hasta las distintas versiones del Acta de Contadora para la Paz y la Cooperación en Centroamérica.

Las dos secciones siguientes constituyen un examen transversal y complementario. En primer lugar, se aborda la nada sencilla tarea de identificar lo que el autor refiere como la armonización de los puntos de vista en el seno mismo de los países promotores y que generalmente se elude debi-

do a la insuficiente información disponible. Se pone especial atención a las diferencias, por ejemplo, frente a la función de los organismos internacionales; como es conocido, siempre hubo discrepancia entre los gobiernos latinoamericanos con respecto a las posibilidades de acción y la competencia en materia de seguridad de los organismos regionales, subrayadamente de la OEA. Por lo que hace a los países centroamericanos, figura una radiografía no tanto de las condiciones sociales, económicas o políticas existentes en cada uno de ellos, sino del lugar específico y el papel que tuvieron en el conflicto y en la negociación diplomática.

La sexta parte está destinada al examen de la participación de los organismos internacionales, en especial la ONU y la OEA. Hay un breve planteamiento acerca de la contribución de otros organismos e instancias internacionales, principalmente de la Comunidad Europea de aquellos años. La séptima trata de lo que el autor denomina "otros esfuerzos de México", en los que se pone atención a un episodio que muchas veces no se registra como fue el de las conversaciones en Manzanillo entre los representantes de los gobiernos de los Estados Unidos y de Nicaragua. En otra dirección, el capítulo considera la cooperación de nuestro país hacia la región y ahí se enlistan los convenios celebrados con cada uno de los países centroamericanos durante ese periodo.

Las principales conclusiones que el autor ofrece y que en sus elementos esenciales comparto, son en el sentido de que Contadora contribuyó a poner orden en medio de la anarquía provocada por la injerencia excesiva de actores externos a la región. Otro logro significativo fue el de unificar las diversas iniciativas de paz que, en forma individual o colectiva, se habían presentado. Pudo asimismo sumar las propuestas formales e informales de otros actores, de distintas latitudes, y contar con el apoyo explícito de la ONU y la OEA. Lo más importante, se señala, es que se consiguió persuadir a los cinco gobiernos centroamericanos de sentarse a la mesa de negociaciones para dialogar acerca de sus diferencias. También subraya, con razón, que fue un elemento importante para evitar una conflagración generalizada en la región y coadyuvó a inhibir una invasión directa de Estados Unidos, una práctica recurrente y ominosa incluso en el pasado reciente. Fue un factor de moderación de los otros actores y, de manera fundamental, constituyó una opción al vacío diplomático y, por ello, concluye Ojeda, "se ganó el apoyo y la solidaridad casi total de la comunidad internacional".

El epílogo es un recuento de lo ocurrido en el proceso que no concluye en 1985, fecha de terminación y horizonte temporal del libro, sino que se prolonga hasta finales de 1989. Reseña los principales actos sucesivos con los que los gobiernos de Centroamérica alcanzaron sus propios acuerdos ya sin la participación, al menos sobresaliente, de Contadora. En lo que cons-

tituye de hecho la mirada retrospectiva, se recuerda que estos convenios conocen sus momentos clave en las reuniones de Esquipulas bajo el liderazgo del gobierno de Costa Rica, simbolizado por el otorgamiento al presidente de ese país, el doctor Óscar Arias, del premio Nobel de la Paz, pero que se prolongan de hecho hasta los años noventa con los acuerdos de paz y reconciliación primero para El Salvador y después para Guatemala. Todo ello permite afirmar que, con un efecto indirecto y posterior, se logró lo fundamental, esto es, la paz y la reconciliación mediante el ejercicio de la llamada “diplomacia coercitiva”, aunque habría que agregar que fue producto también del cambio fundamental en las relaciones internacionales como consecuencia del triunfo de los Estados Unidos en la política mundial. En Centroamérica, en la apreciación de Ojeda, se dio la última confrontación y fue ése el escenario en donde cayó por última vez el telón de la etapa de las relaciones internacionales identificada como la Guerra Fría.

A continuación presento algunas observaciones de distinta naturaleza que expondré en forma esquemática. La primera tiene que ver con el carácter mismo de la negociación. En efecto, dentro de las modalidades que puede asumir la solución pacífica de controversias, de acuerdo con el capítulo VI de la Carta de la ONU, la que se puso en práctica corresponde a la mediación. En este caso, la mediación no se redujo a la transmisión de las opiniones o posiciones de y entre las partes sino que fue mucho más activa y yo diría dinámica y creativa, pues generó ideas y líneas de acción, cuidó y respetó siempre los equilibrios indispensables y aseguró los distintos y encontrados intereses y percepciones.

Otra cuestión se relaciona con las partes en la negociación. En primer lugar, los participantes fueron siempre los gobiernos y no podía ser de otra manera. Con la retórica o si se prefiere la terminología de aquellos días se alude, en general, a los problemas de la región pero en ese marco, en realidad, no se trató sino el de Nicaragua y sus vecinos. Aunque estuvieron indirectamente presentes, nunca se abordaron los conflictos existentes en los demás países, en especial en El Salvador y en Guatemala, el más antiguo de todos.

Ojeda hace referencia a otros actores de distinto orden e incidencia. En algunos pasajes, por ejemplo, menciona a los partidos identificados con la democracia cristiana en el ámbito regional e internacional. A lo largo de esos años, la participación de otras corrientes políticas y de opinión como la de la Internacional Socialista, la de los partidos progresistas en la región o del movimiento de los países no alineados fue más visible y tuvo mayor impacto. En este caso, con matices y grados, fue siempre favorable y de solidaridad con Nicaragua y de rechazo a las agresiones de que fue objeto su proceso inscrito en las luchas revolucionarias y de liberación de aquel entonces.

El papel de los organismos internacionales merece una línea de reflexión adicional. Sin ir a los debates y resoluciones que se suscitaron en la Asamblea General de la ONU, téngase en cuenta que el punto más elevado y simbólico de Contadora se alcanzó cuando los secretarios generales del organismo internacional y del regional, dos distinguidos latinoamericanos por cierto, Javier Pérez de Cuéllar y Joao Baptista Baena Soares, se asociaron institucional y directamente a estos procesos de paz, recorrieron la zona con los cancilleres de Contadora y recogieron *in situ* la información y las percepciones de todas las partes.

Un aspecto central del trabajo está consignado en el título mismo: *los esfuerzos de México para la paz en Centroamérica*. Hay cuestiones y asuntos en el libro que corresponden a esa lógica y a ese presupuesto: las conversaciones de Manzanillo o los acuerdos bilaterales, por ejemplo. Sin embargo, la mayor parte de la información y del análisis no conduce necesariamente en esa dirección. En los momentos de mayor presencia y reconocimiento internacional, todos los participantes reivindicaban o subrayaban su aportación y tenían por cierto buenos fundamentos. Coincido con la opinión del autor, aunque su tesis requiere de mayores elementos de juicio. Con los materiales que contiene este libro, no se ofrece por ahora sino lo que corresponde a una mirada a partir de una cierta perspectiva que, por lo demás, en nada lo reduce o demerita.

Para ser integrales, los esfuerzos de México a los que se refiere Ojeda tendrían que dirigirse al conocimiento más acabado de una política exterior y tal vez ésa sea una de las sugerencias implícitas del autor. Sería necesario aplicar y desarrollar una propuesta metodológica como la que supone su obra *Alcances y límites de la política exterior de México*. El estudio debería contener aspectos concernientes a la trayectoria internacional del país, el “dilema permanente de su política exterior” y el manejo difícil y complejo de su relación con los Estados Unidos. Incluir, asimismo, un análisis de los costos de la iniciativa pero también de sus beneficios en otros terrenos. Una ventaja del proceso diplomático es que evitó o eludió una confrontación pero también una definición específica y propia frente al conflicto. Al mismo tiempo, y aunque parezca paradójico, aumentó la capacidad de acción internacional de México a partir del valor del reconocimiento y de la ampliación, interna y externa, de sus bases de legitimidad. Deben tomarse en cuenta, por lo mismo, diversos factores y variables, en especial el proceso mismo de toma de decisiones.

Otro asunto de fondo se desprende del enfoque. Aunque a lo largo del escrito se menciona la acción del gobierno estadounidense no parece suficiente para la comprensión de su alcance y entidad. En rigor, el asunto de Nicaragua no fue producto inmediato y directo de la Guerra Fría o siquiera

de un conflicto histórico de ese país con sus vecinos. En algún sentido, resultó primordialmente de un complejo movimiento restaurador que condujo a Estados Unidos, basado en la teoría del dominó y ante la reversibilidad de los procesos, a actuar en la zona a través de sus aliados, alguno de los cuales fue convertido en una auténtica base militar. No pocas veces, la súper y ahora hiperpotencia lo hizo de manera directa y ostensible como en el minado de los puertos, el sostenimiento abierto a la contrarrevolución, los sobrevuelos amenazantes y el despliegue intimidatorio de maniobras militares. Sería suficiente con revisar la resolución categórica, el fallo de la Corte Internacional de Justicia ante la queja de Nicaragua a propósito de esta cuestión.

La limitación mayor que advierto es, en cierta forma, exterior o lateral al texto. Como ya señalé, en lo esencial comparto sus hipótesis, el desarrollo de los temas y las principales conclusiones. El estudio termina con los hechos ocurridos hasta 1985 pero, como bien señala el propio autor, el proceso continúa por lo menos hasta 1989. Entre las dos fechas, ocurren cuestiones fundamentales de distinto signo que deberían tomarse en cuenta en la evaluación del proceso. Desde el punto de vista internacional, el punto o el momento más elevado se alcanzó en 1987 cuando se asociaron los secretarios generales de la ONU y de la OEA al proceso negociador. A su lado, habría que considerarse el desgaste gradual y paulatino del proceso y del mecanismo negociador que culminó simbólicamente con la suspensión de Panamá del grupo y, meses después, al finalizar el año de 1989, con los brutales e indiscriminados bombardeos a ese país que abarcaron zonas y segmentos de la población civil.

El recorrido debería dar cuenta del alejamiento y más aún de la desertión, por distintos motivos, de varios de los integrantes del grupo, incluyendo a México, que terminaron por crear el espacio que condujo a la adopción de las propuestas de los gobiernos de Guatemala y de Costa Rica, lo que también constituyó, en realidad, el triunfo del interés y de la visión de los Estados Unidos. En tales circunstancias, el gobierno de Nicaragua se vio obligado a aceptar un planteamiento, casi un ultimátum, que contenía elementos sumamente parciales y desfavorables para ese país. Los gobiernos de los países centroamericanos, con posterioridad, llegaron incluso a regatear y a minimizar la participación y presencia de los países de Contadora en los mecanismos de verificación y control de los acuerdos.

La otra cara del proceso es la más positiva y trascendente. En el mismo año en que se cierra el libro, tuvo lugar la reunión de los países de Contadora con otros países latinoamericanos que aportaron un extraordinario valor y representatividad. En el mes de junio de 1985, en Cartagena de Indias, se formó el Grupo de Apoyo al de Contadora por los gobiernos de algunos de

los países sudamericanos de mayor peso y entidad, Argentina, Brasil, Perú y Uruguay, tres de los cuales por cierto acababan de salir de sus respectivas dictaduras militares. Esos países se incorporaron al proceso negociador en los términos mismos de su definición, y su actuación y desempeño le imprimió la dimensión auténticamente latinoamericana que subraya Ojeda en su tal vez principal conclusión.

Hacia 1986, los ocho países habían creado un Mecanismo de Consulta y Concertación Política y se dotaban así de un instrumento político y multilateral propio. Al finalizar el año de 1987, los presidentes de esos países, por primera vez en la difícil y accidentada historia de la región, celebraron una reunión específica, habiendo fijado ellos mismos los términos en su convocatoria y, sobre todo, las modalidades y contenidos de su agenda y de sus deliberaciones. Al lado de la experiencia misma y del aprendizaje, el más valioso legado del Grupo de Contadora fue la creación del Grupo de Río en que aquél desembocó. En el caso particular de México, como señala en un reciente ensayo la profesora Blanca Torres, de ese mismo esfuerzo se derivó su creciente aunque contradictorio y en ocasiones inconsistente interés en los proyectos y mecanismos de cooperación hacia la región centroamericana. Pero esos temas, con sus avances y retrocesos, sus vicisitudes y tropiezos, su hoy en día virtual estancamiento, son ciertamente otra historia.

El ensayista e historiador inglés Timothy Garton Ash reivindica el valor de la historia del presente contada por sus contemporáneos. Tales estudios aportan un testimonio valioso por sí mismo pero además desbrozan el camino hacia el mejor conocimiento de los hechos. Es eso lo que Ojeda ha aportado esta vez haciendo él mismo una primera visita retrospectiva. Con su obra, hace posible, estimula y provoca la confección de otras que pueden incluir aspectos como los que he resaltado.

RICARDO VALERO

Alex E. Fernández Jilberto y Barbara Hogenboom, *Big Business and Economic Development: Conglomerates and Economic Groups in Developing Countries and Transition Economies under Globalisation*, Nueva York, Routledge, 2006, 428 pp.

*Big Business and Economic Development* es una indagación de los problemas y oportunidades que representa la introducción de las políticas neoliberales en el proceso de desarrollo capitalista, de sus efectos sobre las grandes empresas, sus inversiones y su rol en las economías en desarrollo. Es una compilación de 18 artículos que cubren el globo de forma homogénea, permitiendo una novedosa comparación entre los países de Europa Central y ex soviéti-